

Maibelin Carrasco
Doris Madruga
Héctor González
Neisy Cordero

El perfeccionamiento de la gestión cultural en Villa Clara

El debate cultura-cambio social se plantea como parte de un haz de realidades emergentes, de procesos culturales...

ALAIN BASAIL RODRÍGUEZ

INTRODUCCIÓN

La cultura adquiere una importancia decisiva como concepción general para la transformación de la realidad y para el desarrollo humano. Su contenido englobador y holístico la convierte en vía idónea para dignificar prácticas auténticas o para neutralizar cuanta afectación se produzca a nivel social, pues permite encontrar soluciones para la diversidad de contradicciones producidas por la heterogeneidad actual, siempre con la pretensión de integrar identidades de las comunidades y lograr la emancipación de estas para contrarrestar los grados de enajenación social (Basail, 2002).

Desde la perspectiva sociológica, existen metas que se deben alcanzar, a través de la estructura cultural como parte del proceso socializador. En este sentido se implementan las políticas culturales como eje de las políticas públicas, en tanto acciones que realizan diversos agentes para orientar el desarrollo simbólico, satisfacer necesidades culturales y establecer consenso respecto a un tipo de orden social (García, 1991).

A partir de privilegiar el cumplimiento de la política cultural, a través de décadas de desarrollo cultural en Cuba, se han obtenido innegables logros en este campo como resultado de la

implementación de los Programas de Desarrollo Cultural, documento rector y vía para materializar la política cultural en los entornos locales desde 1981, y que cuenta entre sus objetivos esenciales el trabajo cultural comunitario, el que se desarrollaría a partir de los proyectos socioculturales concebidos para cada una de las «comunidades».

No obstante, a pesar de los logros alcanzados en el accionar cultural comunitario, se ha generalizado la tendencia a aplicar proyectos estereotipados que no reconocen la diversidad cultural que se manifiesta en los diversos escenarios. Aunque dichos proyectos parten de una planificación estratégica en su proyección, no siempre han conducido a la gestión participativa, lo cual expresa la contradicción entre la visión verticalista que desde las instituciones de cultura se maneja, y la necesaria visión horizontal que exigen los distintos contextos comunitarios, al primar una concepción lineal y homogénea del desarrollo.

Ello ha impedido que se manifieste lo comunitario de naturaleza vincular, que debería estar contenido en la lógica funcional de las instituciones y en la sociedad civil, representada por las comunidades, destinataria de los servicios culturales; porque no siempre esta ha sido considerada sujeto, sino objeto pasivo receptor de esa actividad.

Un posicionamiento epistemológico sobre la cultura, coherente con el grado de evolución alcanzado por la sociedad actual, significa asumirla como cualidad esencial del desarrollo social y, por tanto, interpretarla como un sistema complejo y abierto que contiene lo plural y diverso de los elementos sustantivos que integran su esencia universal.

El enfoque dialéctico de la cultura exige entonces, por una parte, comprenderla como proceso devenido de la interacción de las múltiples mediaciones que la configuran como un todo integrado; y por otra, el análisis de las contradicciones resultantes de las relaciones sociales de producción que determinan sus cualidades generales esenciales, a partir de la consideración de sus rasgos particulares estructurados en el contexto histórico concreto donde emergen estos procesos.

La gestión del quehacer cultural no implica la simple acción unidireccional desde lo institucional hacia los entornos comunitarios. Ella supone interacción, intercambio, así como

cooperación y protagonismo de gestores y destinatarios, con la pretensión de satisfacer demandas culturales para contribuir al disfrute y realización personal de los sujetos comunitarios, a partir del aprovechamiento de potencialidades y de privilegiar la creatividad en la realización de proyectos de transformación de los escenarios donde ella se lleva a cabo (Martínez, 2010).

Si bien es cierto que desde la política cultural cubana la gestión cultural en su materialización desde el sistema de instituciones culturales ha estado marcada por una búsqueda de las bases de la identidad nacional, hoy se están produciendo interpretaciones inadecuadas de la política cultural y existe una débil comprensión de la diversidad y complejidad de la realidad actual, ante los cambios suscitados en Cuba. Esto ha llevado, en muchos casos, a una insuficiente gestión institucional en el desarrollo de procesos culturales, a una limitación tanto en las funciones como en los roles de tales instituciones, a una disminución considerable de la participación en este ámbito, así como en la gestión de proyectos que puedan revertir esta situación.

Aunque se enfatice en que no se va a privatizar la cultura y sus instituciones, hoy la complejidad de la realidad en el campo cultural, la comercialización extendida y otros factores, hacen que se estén generando cultura y «productos culturales», desde y en distintos ámbitos, que se mantienen fuera del alcance de la política cultural y de su concreción desde las instituciones culturales, lo que provoca asimetrías sociales. Esto resulta relevante por constituir la cultura un sector de la vida social que, indiscutiblemente, tiene una fuerte influencia desde lo institucional y, además, como fuente de representaciones simbólicas.

Hoy la diversidad de las prácticas culturales, en buena medida, no está contenida en la proyección de la política cultural y en las posibilidades de su materialización en los entornos locales, ya que quedan fuera prácticas extrainstitucionales como resultado de su distanciamiento respecto a las políticas, temática sobre la que se centra el presente estudio.

En Villa Clara, independientemente de los reconocidos logros alcanzados en la praxis cultural, se evidencian incongruencias reflejadas en una desactualización en cuanto a los diversos consumos culturales de un público que rebasa al público

minoritario, cautivo o específico, que hoy es destinatario de las ofertas de la programación cultural, ofrecidas desde lo institucional. Ello ha provocado que se ignoren prácticas que se producen como resultado de la trama de relaciones objetivas que se están moviendo en el campo cultural y en sus subcampos, asociadas a un capital económico no estatal creciente, que no siempre se corresponde con un suficiente capital cultural o artístico, y que a su vez se está expresando en la reproducción de modelos, en ocasiones no valorados a partir de criterios propiamente estéticos y de pautas auténticamente culturales y desenajenantes.

Este trabajo tiene como objetivo contribuir al perfeccionamiento de la gestión cultural en tanto recurso de ejecución de las políticas y de búsqueda de correspondencia entre estas y las prácticas culturales.

Propicia, por tanto, un acercamiento a núcleos funcionales críticos de la gestión institucional, como resultado de las asimetrías generadas por la desarticulación entre las prácticas y las políticas culturales, de ahí que resulte una contribución, a partir de la potenciación de vínculos comunitarios simétricos, en aras de que dicha gestión permita atender en toda su magnitud las expectativas y caminos asumidos en relación con la cultura y sus manifestaciones.

DESARROLLO

La posibilidad de abordar la cultura sociológicamente ha permitido discernir problemas no resueltos (García, 1991). En diversas manifestaciones de la cultura, el predominio del positivismo ha contribuido a frenar el desarrollo de las manifestaciones artísticas, pues este no supo distinguir la relativa autonomía del campo artístico en la sociedad, ni de las propias manifestaciones dentro del arte (Vega, s/f).

El positivismo permeó diferentes áreas de la vida social, y el ámbito de la cultura no estuvo exento de ello, particularmente en Cuba. Su posición de externalismo y no penetración en esencias dejó una fuerte huella en formas de pensar y actuar como parte de la praxis cultural en distintos contextos.

El triunfo de la Revolución cubana marcó una nueva etapa en el desarrollo del pensamiento social cubano, y en ello tuvo un

lugar significativo la proyección de la política cultural, declarada en documentos como *Palabras a los intelectuales* y el Primer Congreso de Educación y Cultura en 1971. Esto posibilitó potenciar el rescate y revitalización de manifestaciones de la cultura popular, ampliar las posibilidades de acceso a la cultura, así como la búsqueda de la cubanidad y de los sentidos más urgentes de la sociedad cubana en ese momento; unido al desarrollo de las manifestaciones del arte hondamente enraizadas en la problemática social.

Por otra parte, se reconoce el aporte que en la década del sesenta brindaron los estudios culturales como parte del desplazamiento que se produjo en las ciencias sociales hacia un pensamiento crítico que reconocía al sujeto con posibilidades transformativas (Espina, 2004) y la existencia de diferencias y particularidades desde el punto de vista cultural. De ahí que en esta etapa despuntaran diversas investigaciones sobre prácticas culturales significativas para la cultura popular tradicional de las distintas localidades. Todo esto no significó que no se manifestaran incongruencias en el desarrollo cultural, que desde la intelectualidad fueron expresadas:

Lo cierto es que el empobrecimiento y la dogmatización del pensamiento social se agravaron y se consolidaron en el curso de aquella década de los setenta, y los cambios positivos en el campo cultural y la fundación del Ministerio de Cultura no cambiaron su situación. (Martínez, 2007)

A pesar de ello, la práctica sociocultural comunitaria, a partir de la integración y cooperación de los sujetos en distintos entornos, ha devenido uno de los objetivos esenciales para el mantenimiento de la vida cultural de las localidades, según uno de los principios rectores de la política cultural cubana: el respeto y apoyo al protagonismo y la creatividad de las comunidades en la conducción de sus procesos socioculturales, el fortalecimiento de la capacidad de autogestión, creación y enriquecimiento de sus potencialidades, con el fin de favorecer el desarrollo de la creación y apreciación de las distintas manifestaciones artísticas, la conservación y difusión del patrimonio cultural, y con ello la defensa de la identidad.

Si bien es cierto que ante la crisis experimentada por el país en la década del noventa las proyecciones del desarrollo local

se propusieron llevar a cabo acciones que contribuyeran a restituir la esencia humana, muy dañada ante la influencia globalizadora y neoliberalista y ante las transformaciones económicas ocurridas en esos años, muchas veces se ha estado al margen de la diversidad y heterogeneidad evidenciadas en los contextos comunitarios cubanos, engendradas por esa realidad. Su comprensión resulta esencial cuando se analizan avances e indicadores de un real desarrollo que tiene como mediaciones el impacto y alcance de las circunstancias mundiales y el desafío de la complejidad (Riera, 2005).

Al respecto, Gutiérrez (2010) coincide con Edgardo Romero Fernández, quien plantea en su trabajo «El desarrollo y las ideas del progreso, cultura, civilización y cambio social»:

En la estimación de la diversidad y el pluralismo se puede también advertir el carácter contradictorio de estas relaciones, que no implica necesariamente la oposición a una alternativa positiva en favor del progreso; por el contrario, asumir la posibilidad de confrontación de las diversas expresiones culturales, contiene un componente dialéctico indispensable para el desarrollo de la sociedad y los individuos; lo que Marx concibe como una particularidad que determina que el desarrollo no sea lineal. (Romero, s/f: 12)

No cabe dudas de que el ámbito de la cultura ha sido muy susceptible a los cambios operados en el entramado social, así como a las contradicciones sociales subyacentes, que han generado evidentes malestares en la vida cotidiana. La quiebra de la cotidianeidad producida por los avatares económicos desde la primera mitad de la década del noventa (Pérez, 2009) suscitó profundos cambios en cuanto a la motivación e implicación de los sujetos, tanto en la vida cultural, como en su participación social en general, además de expresarse una notable segmentación en el quehacer cultural debido a la no integración de los actores e instituciones implicados en este.

Desde el entramado institucional de la cultura, tiene que haber clara comprensión de las reales necesidades de aquellos para quienes y con quienes se trabaja. En vista de ello, se debe desarrollar una gestión con conciencia crítica de las objetivas contradicciones que operan en los contextos donde se

interactúa, y especialmente en los contextos vinculados al campo cultural, el que al decir de Bourdieu, a diferencia de otros campos, posee relativa autonomía (García, s/f) y en el que existe la posibilidad real de formación de gremios, de formaciones independientes (Williams, s/f) y de prácticas cotidianas que pueden asumir toda la formalidad necesaria (Certeau, s/f) como para generar *habitus*, es decir, la incorporación de lo social y lo aprendido, que puede reproducirse, aun cuando no sea lo genuinamente cultural o artístico, o lo estrictamente educativo y humanizador.

Esto no puede ser ignorado por los que llevan adelante la gestión cultural desde lo institucional, la cual tiene su destinatario en grupos sociales que se desarrollan en contextos de diversidad y pluralidad. Equivale a reconocer la unidad y objetividad de lo diverso como expresión de la naturaleza contradictoria y multicondicionada del desarrollo, y su manifestación en los distintos campos (Riera, 2005).

El compromiso social de la cultura en Cuba siempre ha sido significativo y hoy lo es más, por considerarse ella un eslabón importante para el sostenimiento del proyecto social cubano. La historia de la cultura cubana ha demostrado que han sido en muchos casos los movimientos artísticos los que han enarbolado movimientos políticos. Este accionar desde las organizaciones culturales, como vía esencial para sostener la política del control institucional estatal, no significa matar la creatividad y las necesidades que emanan de las comunidades, sino una comprensión adecuada de la envergadura del trabajo de extensión institucional en el ámbito de la cultura, que implica una gestión cultural comunitaria dirigida a orientar, acompañar y preparar, tanto a profesionales como a aficionados, que en el campo artístico y cultural desarrollen cualquier práctica.

A pesar de ser los artistas y creadores agentes esenciales del campo artístico y cultural, son de los que más sufren la desarticulación entre las prácticas y la política cultural. En Villa Clara las prácticas culturales que se están produciendo al margen de la gestión institucional son diversas: el montaje de galerías privadas; el funcionamiento de talleres en los que se lleva a cabo la práctica artesanal alfarera, no siempre con la consiguiente calidad de las piezas y la representatividad de la identidad cubana en ellas; la promoción de audiovisuales

de música y cine que no son representativos de la finalidad educativa y humanista que posee el arte, entre otras manifestaciones. De ahí que desde lo institucional sea necesaria la comprensión acertada de la dinámica interna del campo artístico, así como de las necesidades de reproducción hoy evidenciadas.

En este sentido, en el esquema conceptual referencial y operativo (ECRO) que debe conformarse, debe estar compartido el sentimiento de análisis crítico de los contextos y la conciencia crítica de las contradicciones, en cuanto a la no correspondencia entre lo discursivo y la práctica, y en cuanto a la fragmentación y desarticulación en la implementación de las políticas en este ámbito.

El hecho de que se estén produciendo prácticas al margen de las instituciones culturales constituye un emergente respecto a la eficacia o ineficacia de la gestión cultural como único proceso que permite la materialización de las dimensiones del trabajo cultural: la creación, la promoción, la conservación y la difusión. Asimismo, estas prácticas representan también un emergente respecto al enfoque tradicional del trabajo comunitario que muchas veces se ha seguido, y que no siempre ha sido capaz de responder a las necesidades reales de los sujetos, ya que lo comunitario como cualidad no ha sido el eje articulador, a pesar de que desde el discurso se anuncie la posibilidad de esta transformación.

Las políticas públicas deben concretarse a través de las prácticas propias de cada ámbito, y deben quedar legitimadas a partir del discurso que ellas preconizan; este se convierte en elemento de evidencia de un real desarrollo. Ello exige repensar las prácticas y lógicas institucionales.

Lo no comunitario está en la realidad como expresión del sistema en el que se ha desarrollado el entramado institucional, pero al mismo tiempo, en la realidad también está *lo comunitario*¹ que aflora como cualidad a partir de la identificación de

¹ Se asume *lo comunitario* como el vínculo de simetría social presente en las relaciones sociales y que se va construyendo cotidianamente a través de procesos de *participación* y *cooperación* en torno a *proyectos colectivos*. La concepción *comunidad* se trabaja como la relación social que se origina entre las personas y grupos humanos en un espacio ya sea físico o simbólico. Desde este enfoque

contradicciones, y esta es la clave para comprender y gestionar el desarrollo, su carácter contradictorio está en el proceso de enajenación social, y en la potencialidad de este estado para transformarse en su contrario (Espina, 2004).

No hay forma de superar las viejas prácticas sin incorporar los elementos para superar contradicciones, y no basta con ser críticos, como sí se ha sido en las evaluaciones realizadas a los Programas de Desarrollo Cultural y a los proyectos socioculturales comunitarios como extensiones de aquellos en las comunidades. Se impone ser propositivos y prospectivos, más allá de esa crítica, pues la teoría no va a resolver por sí sola el problema de la práctica.

Lo comunitario deviene nuevo tipo de vínculo y en su conceptualización debe avanzarse de lo taxonómico a lo vincular, es decir, advertir la naturaleza de los vínculos en esta cualidad. El trabajo cultural comunitario ha adolecido de la patología de efectuarse a partir de diagnósticos externalistas, clasificatorios, homogeneizantes, contentivos de fórmulas fijas, sin advertir la posibilidad de lo diverso en un mismo entorno local.

Dichas fórmulas no logran rebasar la concepción de la comunidad como espacio físico geográfico, asimetría social legitimada desde el lenguaje político y desde las políticas gubernamentales e indebidamente afirmada en el accionar cultural comunitario.

La institución en su papel mediador entre el Estado y la sociedad civil no puede alejarse de esta, pues es en ella donde se manifiestan y expresan las profundas contradicciones que se generan como respuesta a la ineficacia institucional en el ámbito comunitario.

Ese alejamiento puede implicar la pérdida de los roles y funciones para los que ellas fueron concebidas, lo que a su vez resulta una amenaza, pues desestimar los verdaderos roles y funciones puede contribuir a oscurecer su objeto social, el que

de lo comunitario, al estudiar los diversos procesos de la realidad, es necesario analizar si durante su desarrollo se manifiesta el despliegue de relaciones sociales simétricas o asimétricas, al entender que estas últimas suponen una fractura del vínculo comunitario.

se proyectó para la concreción de las políticas culturales en los distintos escenarios. No puede olvidarse que desde el siglo XIX la visión social estuvo presente en diversas manifestaciones de la cultura y el sentido del momento como factor determinante del fenómeno cultural, con la apreciación del papel de la cultura como agente civilizador de influjo de los cambios políticos (García, 1991).

La gestión cultural a partir de las políticas culturales tiene el reto de convertirse, a nivel de localidades y de comunidades, en vía para el desarrollo humano, al servicio de públicos heterogéneos y del interés general (Martínez Casanova, 2011). Asimismo, debe ofrecer respuestas a la diversidad y pluralidad culturales actuales, sin ignorar que la libertad cultural no significa libertad de mercado (Martinell, 1999) y debe tener en cuenta jerarquías artísticas y culturales. Las demandas de las que se parta para acometer el quehacer comunitario — independientemente de que se orienten desde lo institucional en función de hacer cumplir políticas, al no ser siempre las comunidades conscientes de sus necesidades— deben conformarse teniendo en cuenta el modo y los estilos de vida de las personas y su contexto.

Es vital no perder la perspectiva de que en todo trabajo comunitario que se gesticione o promueva desde lo institucional o no, es preciso comprender que se facilitan procesos de emancipación y dignificación humanas, y si los fines declarados desde la política son comunitarios, los medios para su alcance también deberán serlo. Es un elemento vital para un verdadero desarrollo, de acuerdo con la misión de este a partir de los distintos presupuestos propugnados y como parte del proceso de reconstrucción epistemológica en las condiciones actuales (Espina, 2004) que demanda la realidad, para que sirva de base a una práctica eficaz en el entorno cultural.

En este sentido, convendría citar nuevamente a Fernando Martínez Heredia cuando manifiesta:

En una sociedad como la nuestra, que ha hecho una apuesta tan colosal hacia el futuro, y ha logrado sobrevivir, resistir y avanzar tanto, no podemos repetir la división entre las élites y la mayoría de la población en la producción y el consumo de los productos intelectuales y culturales valiosos.

Esa es una característica del capitalismo, aun en sus formas democráticas; nosotros estamos obligados a trabajar por eliminarla. (Martínez, 2007)

Resulta oportuno reafirmar, además, que:

Una concepción cultural del desarrollo, en las nuevas condiciones, exige el replanteamiento del alcance y el carácter de la política cultural, construir voluntades, montar estructuras y asegurar los recursos para crear las condiciones que conduzcan a la más plena realización del ser humano, para que cada cual pueda desarrollar sus potencialidades. No hay un solo campo de la actividad social y económica que no tenga algún nivel de impacto cultural. Por lo tanto, la política cultural debe tener un alcance interinstitucional y articulador de la estrategia de desarrollo. (Boza Morell, s/f)

Las instituciones culturales tienen la responsabilidad social de facilitar, coordinar y acompañar procesos que se están dando, y continuarán dándose, en el escenario comunitario, a partir de un enfoque emancipador del trabajo que deje atrás el asistencialismo, que reconozca la riqueza de la diversidad y que propicie la participación e implicación de creadores y artistas en la toma de decisiones en relación con los procesos culturales.

CONCLUSIONES

La desarticulación existente entre prácticas y políticas culturales, como parte de la conflictualidad y diversidad actuales, es en buena medida el producto de la contradicción existente entre la política cultural expresada como discurso verbal y aquella política que se manifiesta en el discurso de la práctica institucional.

El éxito de la gestión cultural en función del desarrollo en este ámbito dependerá, en primer lugar de la capacidad y disposición de las instituciones culturales y de otros agentes del campo cultural para trascender la perspectiva físico-espacial que se tiene de la comunidad, que hoy exige el proceso de movimiento de la realidad social y que obliga a cambiar la forma de pensarla, oponiéndose a las tendencias reproductivas

del estado de cosas que alienan al hombre de las relaciones sociales que lo constituyen. En segundo lugar, dependerá del grado de presencia que tenga la cualidad de lo comunitario, o sea, la comprensión del desarrollo desde el autodesarrollo, articulado con lo comunitario como eje metodológico conceptual y práctico; de lo contrario no podrá hablarse de pertinencia, alcance y calidad del trabajo cultural comunitario.

No basta con favorecer una concepción estratégica para la gestión cultural, si no se privilegia el reconocimiento de la diversidad cultural, y si no se opera dialécticamente en la realidad, lo que implica la comprensión de la existencia del sistema de contradicciones sociales, pues es la contradicción la que define la potencialidad social del desarrollo. Solo así será posible el logro de las estrategias culturales en función del desarrollo del factor humano como fin último del quehacer cultural institucional en la sociedad.

Tener claridad de cuáles son las elaboraciones conceptuales desde las que se acciona en el trabajo cultural comunitario hoy, es substancial. Aunque desde este se propician prácticas para refuncionalizar lo ya constituido y establecido, tiene que orientarse a partir de la lógica de la relación práctica-fines. Si el hombre es el centro y fin de cualquier esfuerzo por el desarrollo, la labor de las instituciones deberá tener como base lo comunitario, como cualidad sistémica de procesos emancipadores y dinamizadores de la recuperación de la esencia humana. Esta será la alternativa para contribuir desde la gestión cultural a que las políticas culturales continúen conteniendo las prácticas, y que estas legitimen el discurso que desde ellas se enarbola.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO FREYRE, J., A. PÉREZ YERA, R. RIVERO PINO, E. ROMERO FERNÁNDEZ & C. M. RIERA VÁZQUEZ (2004): *El autodesarrollo comunitario. Crítica a las mediaciones sociales recurrentes para la emancipación humana*, Editorial Feijóo, Santa Clara.
- BASAIL, A. (2002): «La cultura en el desarrollo», en Guillermo Hernández (comp.), *Selección Antropología y Desarrollo*, Ministerio de Cultura, Centro Nacional de Superación para la Cultura, La Habana.

- BOZA MORELL, M. [s.a.]: *Cultura y Revolución, una relación permanente*, Biblioteca del Centro Nacional de Superación para la Cultura, La Habana .
- CERTEAU, M. DE [s.a.]: «La formalidad de las prácticas en prácticas cotidianas», en A. Basail Rodríguez (comp.) y D. Álvarez Durán (coord.), *Sociología de la Cultura. Lecciones y Lecturas*, Biblioteca digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.
- COLECTIVO DE AUTORES (2007): «La universidad, la cultura y su papel transformador en la sociedad», en *Comunidades: complejidad y perspectiva multidisciplinaria de su praxis*, Centro de Estudios Comunitarios, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.
- _____ (2007): «La cultura y las políticas culturales», en *Comunidades: complejidad y perspectiva multidisciplinaria de su praxis*, Centro de Estudios Comunitarios, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.
- ESPINA PRIETO, M. (2004): «Humanismo, totalidad y complejidad. El giro epistemológico en el pensamiento social y la conceptualización del desarrollo», en Colectivo de autores, *La participación. Diálogo y debate en el contexto cubano*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1991): «Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina», *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 11 (24): Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- _____ [s.a.]: «Entrevista a Pierre Bourdieu: La lógica de los campos», en A. Basail Rodríguez (comp.) y D. Álvarez Durán (coord.), *Sociología de la Cultura. Lecciones y Lecturas*, Biblioteca digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.
- GEERTZ, C. [s.a.]: «Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura», en A. Basail Rodríguez (comp.) y D. Álvarez Durán (coord.), *Sociología de la Cultura. Lecciones y Lecturas*, Biblioteca Digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.
- GUEDES, V. (1996): *Gerencia, cultura y educación*, 2da edición, Fondo Editorial Tropykos/CLACDEC, Caracas.

- GUTIÉRREZ MENÉNDEZ, G. E. (2010): *Teoría y práctica de la gestión cultural. Contextos y realidades. Selección de lecturas* (compilación), Centro Nacional de Superación para la Cultura, colección Punto de Partida, La Habana.
- MARTINELL, A. (1999): «Los agentes culturales ante los nuevos retos de la gestión cultural», *Revista Iberoamericana de Educación*, número dedicado a OEI: 50 años de cooperación, (20): OEI, mayo-agosto.
- MARTÍNEZ CASANOVA, M. (2010): *La intervención sociocultural como recurso de cambio*, Editorial Feijóo, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.
- MARTÍNEZ HEREDIA, F. (2007): «Pensamiento social y política de la Revolución», palabras leídas por el autor en el Instituto Superior de Arte, La Habana, 3 de julio, como parte del ciclo «La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión».
- NAVARRO, DESIDERIO (2001): «In medias res publica», *La Gaceta de Cuba* (3), UNEAC, La Habana, mayo-junio.
- PÉREZ YERA, A. (2009): *Crisis, reajuste y cotidianidad en los 90 en Cuba*, Biblioteca digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.
- PORTUONDO, J. A. (1980): «Itinerario estético de la Revolución cubana», en *Revolución, Letras y Artes*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- RIERA VÁZQUEZ, C. M. (2005): «Lo local y lo comunitario ¿Disyuntiva en la comprensión del desarrollo en Cuba hoy?», Centro de Estudios Comunitarios, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.
- _____ (2012): «Lo comunitario como cualidad del desarrollo local su alcance práctico para la transformación emancipadora de la sociedad», tesis de Doctorado, Centro de Estudios Comunitarios, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.
- RIVERO PINO, R. (2015): *Praxis del trabajo comunitario*, Biblioteca digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Facultad de Ciencias Sociales, Santa Clara.
- RIVERO PINO, R. et al (2006): «Aproximación a las pautas teóricas y metodológicas para la conceptualización del desarrollo»,

informe de investigación, Instituto de Filosofía, Universidad de La Habana, La Habana.

VEGA QUINTANA, L. [s.a.]: «Sociología, Cultura y Literatura», en A. Basail Rodríguez (comp.) y D. Álvarez Durán (coord.), *Sociología de la Cultura. Lecciones y Lecturas*, Biblioteca digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.

WILLIAMS, R. [s.a.]: «Hacia una Sociología de la cultura», en A. Basail Rodríguez (comp.) y D. Álvarez Durán (coord.), *Sociología de la Cultura. Lecciones y Lecturas*, Biblioteca digital del CECOM, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Santa Clara.